

De actualidad

## Baño de fango

Cuando el presidente del Gabinete de ministros actual—de hoy, 26 de noviembre en que escribimos esto—decía que el acusar por el desastre de Annual a los Sres. Allendesalazar, marqués de Lema y vizconde de Eza era cosa de política, llevaba razón. De política y de baja política era eso. Pero es de política, sólo que de alta política, de política regeneradora y justiciera, acusar a todos los ex ministros responsables de las causas del desastre, de la disolución moral del Ejército y de la patria, a todos los celestinos de la Fatalidad. ¡Claro que es política!

Mas no es el Parlamento, y menos éste, el actual, el que nació del contubernio de Llodio, de la roja zarabanda idónea, el que puede acusar a los culpables ni el que puede residenciarlos. Ni son aquellos tres ex ministros los únicos culpables, ni acaso los que más. Desde luego, que mucho más culpable que ellos es Cierva, el factor más disolvente del Ejército y de la patria y de la justicia.

Estos conservadores idóneos, celestineando con la Fatalidad irresponsable—o con la fatal irresponsabilidad—, echan la carga a los jefes y oficiales del Ejército que resultan encartados. Es, sin duda, la doctrina misma de la que hemos dado en llamar la Fatalidad. Si es que ésta se permite tener doctrinas y si es capaz de ellas.

Pero si no su doctrina, su sofisma debe de ser que el desastre no se debió ni al que mandó al desgraciado general F. Silvestre aquel avance sobre Alhucemas—camino del protectorado sobre Tánger—ni al indisculpable desconocimiento del estado del Ejército y del de los moros con que aquel avance se hizo, sino a la imprevisible cobardía de las tropas. Claro está que lo primero que se le debe exigir a un caudillo que dirige una operación guerrera es que conozca el estado moral de su huésped; pero a un señorito frívolo que juega a la estrategia—y con la sangre del pueblo—, los problemas de moralidad no le caen en el alma.

Además, a una tropa la hace el mando. Y el mando del desgraciado general F. Silvestre no supo hacer una tropa. La Comandancia de Meli-

lla se hundía y sumía en la misma timba—o despeñadero—en que se está hundiendo y sumiendo el reino todo de España. La misma gangrena que, partiendo de la cabeza, está corroyendo al reino de España, esa misma gangrena corroía a la Comandancia de Melilla. Y con echarles la culpa a las Juntas de Defensa, todo está arreglado.

No; las sanciones no pueden limitarse a los elementos militares, ¡no! Pero tampoco es este Parlamento, el que nació del contubernio de Llodio para intentar realizar el programa de aquel fatídico discursete de Córdoba—notario el archifatídico y fatalísimo Cierva—, el que puede pedir esas sanciones. Ni los conservadores, ni los liberales de él.

Moralmente, es un régimen que se hunde. Un régimen de celestineo. Cuando Romanones, en su discurso, decía que los políticos habían pecado por inhibirse de la alta dirección del Ejército, estaba en lo cierto. Los políticos celestinos de la Fatalidad le dejaron a ésta, que es ciega y sorda, la suprema e irresponsable jefatura del Ejército y le dejaron la suprema e irresponsable dirección de la política internacional. En la que puso de manifiesto su ceguera y su sordera, su fatídica torpeza, su fatal frivolidad. Y ese pecado de los políticos del régimen es un pecado mortal, mortalísimo, y tan grave, que a poca dignidad de conciencia patriótica y civil que tuvieran les haría imponerse la penitencia condigna.

¿Que dejaban desamparada a la irresponsable Fatalidad, a la fatal Irresponsabilidad? Era el único modo de servir a la patria y a la causa del orden, del verdadero orden. Y mientras no hagan eso, no habrá orden en España.

Nada debe importarnos lo que haga el Parlamento en eso del expediente Picasso; lo que importa es lo que haya de hacer el pueblo, si es que hay pueblo. El Parlamento ha cumplido con sacar a luz el expediente, con hacerlo público. Las andróminas de sus rúbulas nos deben tener sin cuidado. No es el Parlamento, es el pueblo mismo el que puede sacar a España de la timba por que se despeña. Timba que tiene su mascota, como dijo con fresquísimo descaro el empresario mayor de la gangrena.

Da asco, señor, ser súbdito de es-

te reino; se siente uno amenguado en su dignidad de ciudadano español. Y se le cae a uno la cara de vergüenza al oír hablar de patriotismo a los celestinos y a los notarios del despotismo de la Fatalidad.

Hay enfermos que toman baños de fango. ¿Servirá el fango del expediente Picasso para que este pobre pueblo salga reconfortado del baño en él?

MIQUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES